

a. Piensa en los que tienen dudas y vacilan en su fe, y pide al Señor fortaleza para ellos, en especial para los que estén a tu lado aunque tú no sepas de su situación.

b. Finalmente, pide al Señor por los que no tienen fe, para que ilumine su corazón con la alegría de conocerle y, mientras lo hacen, puedan vivir su presencia a través de una vida justa.

5. **Ánimo. Permaneced firmes en la fe**

Escucha como la Palabra te anima a conservar esta fe recibida.

Así pues ya que habéis acogido a Cristo Jesús, el Señor, vivid como cristianos. Enraizados y cimentados en él, manteneos firmes en la fe, como se os ha enseñado, y vivid en permanente acción de gracias (Col 2, 6-7)



María, madre de los creyentes, ayuda nuestra fe. Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada. Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa. Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor, para que podamos tocarlo en la fe. Ayúdanos a fiarnos plenamente de él, a creer en su amor, sobre todo en los momentos de tribulación y de cruz, cuando nuestra fe es llamada a crecer y a madurar. Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado. Recuérdanos que quien cree no está nunca solo. Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz en nuestro camino. Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que llegue el día sin ocaso, que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor.
(Oración de la carta encíclica *Lumen fidei*)

Orar nuestra fe.



Acogerse a la oración

- Asentar el cuerpo en una posición cómoda, sin tensiones físicas.
- Siente tu respiración, reposa en ella, y ponte en presencia de Dios.
- Pide al Espíritu Santo que dirija tu oración.

1. **Me has llamado...**

Quizá todos hayamos hecho, de una manera u otra el camino de fe de Samuel (1Sam 3, 1-9). Hemos tenido que aprender a reconocer la llamada de Dios. Confiamos en nuestros mayores en la fe... y desde ellos hemos aprendido a decir: *Aquí estoy, Señor - Señor tú me has llamado – Habla, Señor, que abro mi oído a tu palabra.*

Como él nuestra fe comenzó como en sueños y se ha ido despertando para vivir lúcida en medio de la densa vida cotidiana.

Y así seguimos, intentando mantener el aceite de nuestras lámparas preparadas para recibir al Señor cuando llegue.

a. Intenta recordar algún momento especial donde tu fe se despertara viva en tu corazón y... Di al Señor:

Tú me has despertado a tu presencia, te doy gracias.

b. Alégrate de tu perseverancia en la fe y... Di al Señor:

Tú me has llamado y sigo aquí, buscando tu palabra y tu presencia.

2. La pequeñez de mi fe y sus enemigos...

Seguro que muchas veces te has identificado con la fe de aquel hombre que en el evangelio se dirigió a Jesús diciendo: *Creo, pero ayúdame a tener más fe*. Rodeando a nuestra vida y también desde su interior sentimos presiones que nos llevan a desconfiar de Dios o que hacen que su presencia desaparezca del horizonte. Se trata ahora de presentarnos ante él con la debilidad de nuestra fe y pedir que no nos suelte de su mano.

a. Quizá uno de los problemas es que todo parece estar ocupado por el mundo. Cada hora, cada espacio, cada realidad... todo nos habla de nosotros mismos. Cogemos la velocidad del mundo, el ajeteo, la prisa y, al no pararnos a mirar la profundidad de las cosas, Dios se vuelve invisible. Fácilmente Dios pasa de ser alguien que está aquí mismo a ser simplemente una idea. Pero tener una idea no es creer en Dios.

- Reflexiona sobre esta situación y... pide al Señor lo de aquel ciego del camino: *Que vea, Señor, dame la luz de la fe*.

b. Otras veces el problema es que Dios está siempre más allá de nuestro dominio. Aunque le buscamos no se hace visible, no le sentimos, no terminamos de escucharle como a las cosas o las personas que nos rodean. E incluso a veces no comprendemos su aparente silencio o inacción.

- Medita hasta qué punto esta es tu experiencia, ponte en manos del Señor y... pídele: *Creo, Señor, rompe mi incredulidad*.

c. También somos tentados a dejar a Dios por nuestro pecado. Este nos enreda haciéndonos creer que lo que Dios pide no es lo bueno del todo, que son buenas las cosas que nos hace rechazar. O el mismo pecado nos infunde la sospecha de que no es bueno del todo, que no podría perdonarnos. Entonces le olvidamos o vamos dejando de creer en él como Dios misericordioso que solo quiere lo mejor para nosotros.

- Medita si esas situaciones forman parte de tu ve vacilante y... pide a Dios: *Que la luz de la fe ilumine, Señor, mis tinieblas*.

➔ Para cerrar este apartado **pide a María, madre de los creyentes**, que interceda por ti para que tu fe sea como la suya.

3. La alegría de mi fe...

Pasa ahora a sentir la fe que te alegra tener, que te sostiene.

a. Medita en la fe que te hace saber cada día que alguien te ama, que desea tu presencia en el mundo, que tiene un hueco en su vida que es solo tuyo para siempre. Piensa en la fe que te hace saber que ese alguien es Dios y que desde siempre y para siempre te mira con amor, pase lo que pase.

- Y repite: *Gracias, Señor, por la fe*.

b. Medita en la fe que te dice que un abrazo de vida, el de Dios, te espera en el futuro, que no has surgido por azar y que no te perderás en la nada, que el dolor no es interminable.

- Y repite: *Gracias, Señor, por la fe*.

c. Piensa en el aliento que cada día te da la oración, en la fe que te permite acoger la vida de Dios en un trozo de Pan o en las palabras de perdón que te da un cura...

- Y repite: *Gracias, Señor, por la fe*.

➔ Escucha las **palabras de Isabel a María** (Lc 1, 45), que hoy se dirigen a ti y alégrate: *Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha hecho saber el Señor se cumplirá*.

4. La fe compartida

No olvidemos que vivimos la fe juntos, que vamos caminando sostenidos por la fe de otros y sosteniendo también su fe.

a. Piensa en los compañeros de tu fe, y da gracias por los que te rodean con su fe y te sostienen ayudándote a creer con su palabra o con su testimonio. Luego da gracias por poder tú sostener a otros con tu oración, tu palabra y tu testimonio.